

quien me habían dado una carta en Filadelfia. Este americano se ocupaba en el trato de peleterías con las tribus indias enclavadas en el territorio cedido por Inglaterra á los Estados-Unidos; porque conviene observar que las potencias civilizadas se reparten á su capricho las tierras americanas como si les pertenecieran. Despues de haber hablado largo tiempo con Mr. Swift, este me hizo objeciones sumamente razonables acerca de mis proyectos, diciéndome entre otras cosas, que era imposible emprender de buenas á primeras un viaje de aquella importancia, solo, sin auxilios, apoyo ni recomendación para los puestos ingleses, americanos y españoles, por donde me vería obligado á pasar; que aun cuando tuviera la dicha de atravesar tantas soledades sin accidente alguno, llegaría á regiones heladas donde perecería de frío ó de hambre. Aconsejome despues, empezara por aclimatarme á aquel clima haciendo por vía de aprendizaje alguna escursión al interior de América; que aprendiera el sioux, el iroqués y el esquimal; y por fin que viviese algun tiempo entre los que recorrian los bosques canadienses y los agentes de la compañía de la bahía de Hudson. Hechas estas experiencias preliminares, podría entonces, con ayuda del gobierno francés, proseguir mi atrevida empresa.

Estos consejos, cuya prudencia no podia menos de reconocer, me disgustaron sin embargo; pero si no me hubiera fiado de ellos, hubiera partido directamente al polo, como se va de París á Saint-Cloud. Oculé no obstante, á Mr. Swift mi desagrado, y le supliqué me procurase un guia y caballos; á fin de dirigirme á la catarata del Niagara y de allí á Pittsburg, desde donde podría bajar al Ohio. No podia desear de mi fantasía el primer plan que me habia trazado.

Mr. Swift puso á mi disposición un holandés que hablaba muchos dialectos indios, y despues de haber comprado dos caballos, me apresuré á dejar á Albany. Todo el país comprendido hoy entre el territorio de aquella ciudad y el de Niagara está habitado, cultivado y atravesado por el famoso canal de Nueva-York; pero entonces estaba desierta una gran parte de él.

Cuando despues de haber pasado el Mohawk, me hallé en aquellos bosques, en cuyas espesuras jamás se habia oido el hacha del leñador, experimentaba una especie de éxtasis que no he podido menos de referir en el *Ensayo histórico*: «Iba de árbol en árbol y de derecha á izquierda indiferentemente, diciéndome á mí mismo: Aquí no hay ningun camino trazado, ninguna ciudad, ninguna de esas reducidas habitaciones, nada de presidentes, de repúblicas, de reyes... Y para probar si me habia restablecido en mis derechos primitivos, me entregaba á mil actos de mero capricho que hacian rabiar al corpulento holandés que me servía de guia, y que indudablemente me creía loco.»

Entramos en los cantones de las seis naciones iroquesas, y el primer salvaje que encontramos fue un jóven, que á guisa de correo marchaba delante de un caballo en el cual se veía sentada una india adornada á uso de su tribu. Mi guia les saludó dándoles los buenos dias al pasar.

No debe olvidarse que en la frontera de aquella soledad tuve el honor de ser recibido por uno de mis compatriotas, aquel Mr. Violet maestro de baile entre los salvajes, y cuyas lecciones pagaban en pieles de castor y pernils de oso. «En medio de una selva se descubría una especie de granja, y en ella hallé como una veintena de salvajes, entre hombres y mujeres, pintarrajeados como los brujos, con el cuerpo medio desnudo, las orejas recortadas, plumas de cuervo en la cabeza y anillos pasados por las narices. Un francés de escasa estatura, con el pelo empolvado y rizado á la usanza antigua, casaca verde-manzana, chupa de droguete, guirindolas y vuelos de muselina, tocaba

un violín de bolsillo y hacia bailar un *Madelon Friquet* á aquellos iroqueses. Mr. Violet, al hablarme de los indios, me decía siempre: *Estos señores salvajes y estas señoras salvajesas*, y elogiaba mucho la ligereza de sus discípulos: en efecto, jamás he visto hacer semejantes cabriolas. Mr. Violet, con su pequeño violín entre la barba y el pecho, preludiaba el instrumento fatal, y exclamaba en iroqués: *¡A sus puestos!* y todos saltaban como una bandada de demonios» (1).

Ciertamente era una cosa bastante extraña para un discípulo de Rousseau, aquella introducción á la vida salvaje por medio de un baile que daba á los iroqueses un antiguo marmiton del general Rochambeau. Continuamos nuestro camino, y desde este punto dejé hablar al manuscrito tal y cómo lo he encontrado, ora bajo la forma de *narración*, ora bajo la de *diario*, y algunas veces en *cartas* ó simples *anotaciones*.

## LOS ONONDAGAS.

Llegamos á la orilla del lago que ha tomado su nombre del pueblo iroqués de los Onondagas, y necesitando descanso nuestros caballos, elegí en union con mi holandés un lugar á propósito para establecer el campo. Nos hallábamos en la garganta de un valle, y en la parte en que un rio bullicioso salía del lago. Este rio corre apenas cien toesas al Norte en línea recta, cuando se replega al Este y se desliza paralelo á la orilla del lago por la parte exterior de las rocas que ciñen á este.

En la curva formada por este rio fue donde erigimos nuestro aposento nocturno: fijamos en tierra dos palos altos, colocamos horizontalmente en la horcajadura de estos una larga vara, y apoyando en esta y en el suelo cortezas de abedul, formamos un techo digno de nuestro palacio. La hoguera de viaje fue encendida para cocer nuestra cena y cazar los incómodos mosquitos que tanto abundan en aquellas regiones; y así nuestras sillas como nuestras capas nos sirvieron de almohadas y de mantas bajo el *ajupa*.

Atamos una campanilla al cuello de nuestros caballos y los soltamos en los bosques. Aquellos animales, dirigidos por un instinto admirable, nunca se apartaron tanto que pudieran perder de vista el fuego que encendieron sus amos durante la noche, para dar caza á los insectos y defenderse de las serpientes.

Desde el fondo de nuestra choza gozábamos de una vista pintoresca. A nuestro frente se extendía el lago sumamente estrecho y rodeado de selvas y rocas; y á nuestro derredor, el rio, envolviendo nuestra península con sus verdes y limpidas aguas, barria las orillas con impetuosidad.

No eran aun las cuatro de la tarde cuando terminamos nuestro albergue, y tomando mi escopeta fui á pasear por las cercanías. Primero seguí la corriente del rio, pero mis excusiones botánicas no dieron resultado satisfactorio, pues las plantas variaban poco, reduciéndose solo á las numerosas familias de las *plantago virginica*, y á algunas otras de las que adornan las praderas, todas bastante comunes. Dejé luego las orillas del rio por las del lago, y no fui mas afortunado, pues exceptuando una especie de rododendro, nada hallé que valiese la pena de detenerme en ellas: las flores de este arbusto, de un vivo color de rosa, producían un efecto encantador con el agua azul del lago donde se reflejaban, y el oscuro declive de la roca en que penetraban sus raíces.

Habia pocas aves, y solo descubrí una pareja solitaria que revoloteaba en frente de mí, pareciendo complacerse en dar movimiento y amor á la inmovilidad y rudeza de aquellos sitios. El color del macho me

(1) Itinerario.

hizo reconocer el ave blanca ó *passer nivalis* de los ornitólogos. Creí tambien oír la voz de esa especie de osifraga tan bien caracterizada por la definición *strix exclamator*; pero, ave tan inquieta como todos los tiranos, me fatigaba en vano en perseguirla.

El vuelo de esta ave me condujo á través de los bosques hasta un valle cerrado por unas colinas de mudas y pedregosas, y en aquel lugar extraordinariamente retirado se veía una mala cabaña de salvaje, medio construida entre las rocas, y una flaca y macilenta vaca, que pacía en un prado al pié de la Peña.

Siempre me han inspirado cariño estos pobres abrigo: el enfermizo animal se acomodó en un rincón, pues el desgraciado teme despertar con su vistanamientos que los hombres rechazan. Fatigado de mi escursión me senté en lo alto del collado que recorria, teniendo á mi frente la choza india situada en la colina opuesta; tendí en tierra mi escopeta, la coloqué á mi lado, y me abandoné á esos ensueños cuyo encanto he experimentado con tanta frecuencia.

Habian pasado apenas algunos minutos cuando oí voces en el fondo del vallecillo, y descubrí tres hombres que conducían cinco ó seis vacas cebadas. Despues de haberlas dejado pacer en la pradera, se dirigieron hácia la flaca, que alejaron á palos.

La aparición de aquellos europeos en un lugar tan desierto, me fue extraordinariamente desagradable, haciéndola aun mas importuna su violencia, pues echaron á la pobre bestia entre las rocas, riéndose á grandes carcajadas, sin duda porque la exponían á romperse las piernas. Una mujer salvaje, al parecer tan miserable como su vaca, salió de la choza aislada, y avanzando hácia el espantado animal, la llamó con dulzura y la ofreció una cosa que comer. La vaca corrió hácia ella alargando el cuello con un débil mugido de alegría; pero los colonos amenazaron desde lejos á la india, y volvió á su cabaña. La vaca la siguió: detúvose á la puerta donde su amiga la albagaba con la mano, y el animal reconoció lamia aquella mano protectora. Los colonos se habian retirado.

Yo me levante, bajé la colina, atravesé el vallecillo, y subiendo la colina opuesta, llegué á la choza resuelto á reparar en cuanto de mí dependiese la brutalidad de los hombres blancos. La vaca, al verme hizo un movimiento para huir; pero andando con precaucion, llegué, sin que se marchase, hasta la habitación de su ama.

La india habia entrado en su casa, y al umbral de ella pronunció la salutación que me habian enseñado: *¡Sieghoh! ¡He llegado!* La india, en lugar de devolverme mi salutación por la repetición acostumbrada *¡Habéis llegado!* nada respondió. Yo juzgé que la visita de uno de sus tiranos la era importuna. Púsemme entonces á mi vez á acariciar á la vaca, y la india pareció llena de admiración, viéndose en su rostro amarillo y apesadumbrado señales de enternecimiento y casi de gratitud. Aquellas misteriosas relaciones del infortunio arrasaron en lágrimas mis ojos: hay cierta dulzura en llorar males que no lo han sido por nadie.

Mi huésped me miró aun por algun tiempo con una especie de duda, como si temiese que tratara de engañarla; pero despues dió algunos pasos, y pasó su mano por la frente de su compañera de miseria y soledad.

Animado por aquella muestra de confianza, dije en inglés, por haber ya agotado mi lenguaje indio: «¿Está muy flaca?» y la india me respondió tambien en mal inglés: «Come muy poco.» *She eats very little.* «La han echado brutalmente,» repliqué, y la mujer me respondió: «Estamos acostumbradas á eso las dos *boht.*» Yo contesté: «¿Esta pradera no es vuestra?» Ella respondió: «Era de mi marido, que ha muerto. No tengo ningun hijo, y los blancos traen sus vacas á mi pradera.»

Yo nada tenia que ofrecer á aquella indigente criatura: mi obligación hubiera sido reclamar la justicia

en su favor; ¿pero á quién dirigirme en un país en que la mezcla de los europeos y de los indios habia confundido las autoridades; donde el derecho de la fuerza arrebatada la independencia al salvaje, y donde el hombre civilizado, casi convertido en salvaje, habia sacudido el yugo de la autoridad civil?

Nos separamos por fin, la india y yo, despues de habernos estrechado la mano, y mi huésped me dijo muchas cosas que no comprendí, y que serian sin duda deseos de prosperidad para el extranjero. Si no han sido oídos por el cielo, no es culpa de la que oró, sino de aquel por quien fue dirigida la súplica, pues todas las almas no tienen igual aptitud para la dicha, así como todas las tierras no producen mieses.

Volví á mi *ajoupa*, donde tuve una comida bastante triste. La tarde fue magnífica: el lago, en un reposo profundo, no ofrecía la menor agitación en sus aguas; el rio habia murmurando nuestra península, que decoraban falsos ébanos en flor: el ave llamada *cucú de la Carolina*, repetía su canto monótono, y la escuchábamos ya á nuestro lado, ya á una distancia lejana, según que el ave cambiaba el sitio de sus reclamos amorosos.

Al día siguiente me acompañó mi guia á la visita de cumplido al primer saquem de los Onondagas, cuya población no estaba lejos. Llegamos allí á las diez de la mañana, é inmediatamente me vi rodeado de multitud de jóvenes salvajes, que me hablaban en su lengua, mezclando frases inglesas y algunas palabras francesas: hacían gran ruido, y parecían alegres. Estas tribus indias enclavadas en los desmontes de los blancos, han adoptado algo de sus costumbres: tienen caballos y ganados, sus cabañas están llenas de muebles y utensilios comprados en Quebec, Montreal, Niagara y el Estrecho, ó en las ciudades de los Estados-Unidos.

El saquem de los Onondagas era un viejo iroqués en todo el rigor de la palatía; su persona guardaba el recuerdo de los antiguos usos, y de los antiguos tiempos del desierto: grandes orejas recortadas, perlas pendientes de la nariz, rostro abigarrado de diversos colores, pequeño penacho de cabellos en la parte superior de la cabeza, túnica azul, manto de piel, cinturón de cuero con el cuchillo de escarpa y rompe-cabezas brazos con varios dibujos, *mocasinas* en los piés, y un collar de porcelana en la mano.

Me recibió bien y me hizo sentar en su estera: los jóvenes se apoderaron de mi escopeta, y desmontaron y montaron la chimenea con una destreza sorprendente: era una sencilla escopeta de caza, de dos cañones.

El saquem hablaba inglés y entendía el francés, y como mi intérprete sabia el iroqués, se estableció facilmente la conversacion. Entre otras cosas me dijo que aunque su nacion habia estado siempre en guerra con la mía, la estimaba. Me aseguró que los salvajes no cesaban de recordar con placer á los franceses, al paso que se lamentaban de los americanos, que bien pronto no dejarían á los pueblos que habian acogido á sus antepasados, ni aun tierra para cubrir sus huesos.

Hablé al saquem de la desdicha de la viuda india, y me dijo que en efecto aquella mujer era perseguida, pero que él habia solicitado muchas veces el auxilio de los comisarios americanos con objeto de protegerla, y que no habia podido obtener justicia, añadiendo que en otro tiempo los iroqueses lo hubieran hecho.

Las mujeres indias nos sirvieron una comida. La hospitalidad es la última virtud salvaje que ha quedado á los indios, en medio de los vicios de la civilización europea. Sabido es lo que era en otro tiempo aquella hospitalidad: una vez recibido el viajero en una cabaña, era aneja la inviolabilidad: el hogar tenia la potestad del altar, y el hombre acogido á él era sagrado. El dueño de aquel hogar se haría matar antes que se tocara á un cabello de su cabeza.

Quando una tribu expulsada de sus bosques, ó un hombre, acudian á pedir hospitalidad, el extranjero empezaba lo que se llamaba la danza del suplicante, que se ejecutaba así:

Este adelantaba algunos pasos, despues se detenía mirando al suplicado, y retrocedía en seguida hasta su primera posición. Entonces los huéspedes entonaban el canto del extranjero: «¡Hé aquí el extranjero, hé aquí el enviado del Gran Espíritu!» Despues del canto, un niño tomaba la mano del extraño para conducirlo á la cabaña, y cuando el niño tocaba en el dintel de la puerta, decía: «Hé aquí al extranjero!» y el jefe de la cabaña respondía: «Niño, introduce al hombre en mi cabaña.» El extranjero, entrando entonces bajo la protección del niño, iba, como entre los griegos, á sentarse en el centro del hogar. Presentábasele el calumet de paz y fumaba tres veces mientras las mujeres entonaban el himno del consuelo: «El extranjero ha hallado una madre y una mujer: el sol se ocultará y levantará para él como en otros días.»

Llenábase de agua de arce una copa consagrada, que era una calabaza ó un vaso de piedra, colocado generalmente en un rincón de la chimenea y adornado con una corona de flores; y el extranjero, despues de haber bebido la mitad del agua, pasaba la copa á su huésped, que la acababa de vaciar.

Al otro día de mi visita al jefe de los Onondagas, continué mi viaje. Aquel viejo jefe se había hallado en la toma de Quebec y había asistido á la muerte del general Wolf, y yo que salía de la choza de un salvaje, me había escapado recientemente del palacio de Versailles y acababa de sentarme á la mesa de Washington.

A medida que avanzamos hácia el Niagara, el camino, de suyo peligroso, apenas se veía trazado por entre unos árboles cortados. Los troncos de estos árboles servían de puentes para atravesar los riachuelos ó de puntales en los barrancos. La población americana se trasladaba entonces á las concesiones de Genesee, y el gobierno de los Estados-Unidos, vendía aquellas concesiones á mayor ó menor precio, segun la bondad del suelo, la calidad de los árboles, y el curso y abundancia de las aguas.

Los desmontes ofrecían una mezcla curiosa del estado natural y el salvaje: en el ángulo de un bosque en que jamás habían retumbado sino los gritos de los salvajes y de las fieras, se encontraba una tierra labrada; y desde el mismo punto de vista se descubría la cabaña del indio y la habitación de un plantador. Algunas de aquellas habitaciones, ya concluidas, recordaban las propiedades de los hacendados ingleses y holandeses; y otras á medio acabar no tenían por techo mas que la copa de un oquedal.

Yo era recibido en aquellas viviendas de un día, y hallaba en ellas frecuentemente una familia rodeada de todas las comodidades y elegancia de Europa; muebles de anacardo, pianos, tapices, espejos; todo esto á cuatro pasos de la choza del iroqués. Por la tarde, cuando los criados volvían de los bosques ó de los campos con el hacha y el arado, se abrían las ventanas; las hijas de mi huésped cantaban acompañándose al piano la música de Paesello y Cimarosa, á la vista del desierto, y algunas veces al murmullo lejano de una catarata.

En los terrenos mejores se establecían pequeñas ciudades, y no puede formarse idea de la placentera sensación que se experimenta al ver salir la veleta de un reciente campanario del seno de una antigua selva americana. Como las costumbres inglesas siguen por todas partes á los ingleses, despues de haber atravesado países en que no se descubría el menor indicio de habitantes, descubrí la muestra de una posada que pendía de la rama de un árbol á la orilla del camino, y que balanceaba el viento de la soledad. Cazadores, plantadores é indios se encontraban en aquellas hospederías;

pero la primera vez que reposé en ella juré sería la última.

Una tarde, al entrar en aquellas singulares hosterías quedé estupefacto al ver un lecho inmenso de forma circular al rededor de un poste: cada viajero que llegaba ocupaba un sitio en aquel lecho, apoyando los pies en el peyo del centro, y dirigiendo la cabeza á la circunferencia del círculo, de manera que los durmientes estaban colocados simétricamente como los rayos de una rueda ó las varillas de un abanico. Despues de un momento de vacilación, me introduje en aquella máquina, porque no veía á nadie. Empezaba á trasponerme, cuando sentí la pierna de un hombre que se deslizaba á lo largo de la mía; era la de mi endiablado holandés que se extendía á mi lado. En mi vida he experimentado mas horror. Salté fuera de aquel camastro hospitalario, maldije cordialmente los buenos usos de nuestros buenos antepasados, y me fuí á dormir envuelto en mi capa á la claridad de la luna: aquella compañera del sueño del viajero era por lo menos agradable, fresca y pura.

Aquí termina el manuscrito, ó mejor dicho, lo que contenía se ha insertado en las demás obras mías. Despues de muchos días de marcha, llegué al río Genesee, y al otro lado de aquel río vi la maravilla de la serpiente de cascabel atraída por el sonido de una flauta (1). Mas lejos encontré una familia salvaje, y pasé la noche en su compañía á alguna distancia de la caída del Niagara. La historia de este encuentro y la descripción de aquella noche se hallan en el *Ensayo histórico* y en el *Genio del Cristianismo*.

Los salvajes del salto del Niagara, bajo la dependencia de los ingleses, estaban encargados por aquella parte de la custodia de la frontera del Alto-Canadá, por lo que salieron á nuestro encuentro armados de arcos y flechas, y nos impidieron el paso.

En tal situación me vi obligado á enviar al holandés al fuerte del Niagara á pedir permiso al comandante para entrar en tierras del dominio británico; esto me entristeció, pues recordé que la Francia había mandado siempre en aquellas comarcas. Mi guía volvió con el pase, que conservo aun, firmado por el capitán Gordon. Singular es que haya encontrado el mismo nombre inglés en la puerta de mi celda en Jerusalén (2).

Permanecí dos días en la aldea de los salvajes. El manuscrito ofrece en esta parte la minuta de un cartón que escribía á uno de mis amigos en Francia: hela aquí:

#### Carta escrita entre los salvajes del Niagara.

Forzoso es que te cuente lo que ha pasado ayer mañana entre mis huéspedes. La yerba estaba aun cubierta de rocío; el viento salía perfumado de las selvas; las hojas de la morera silvestre estaban cargadas de una especie de cocos parecida á los gusanos de seda, y las plantas algodonerías del país, invirtiendo sus dilatadas cápsulas, se asemejaban á los rosales blancos.

Las indias, ocupadas en diversos trabajos, se hallaban reunidas al pie de una corpulenta haya purpúrea, y sus niños de pecho suspendidos en hamacas en las ramas de los árboles, se mecían en aquellas cunas aéreas á impulso de la brisa de los bosques, con un movimiento casi insensible. Las madres se levantaban de cuando en cuando para ver si dormían sus hijos, ó si habían sido despertados por la multitud de aves que cantan y revolotean en torno suyo. Esta escena era encantadora.

Nosotros estábamos sentados á parte, con siete guerreros, y cada uno ostentaba una gran pipa en la boca: dos ó tres de estos hablaban inglés.

(1) *Genio del Cristianismo*.

(2) *Itinerario*.

A escasa distancia de donde estábamos, los muchachos se entretenían; pero á pesar de sus juegos, saltos, carreras y pelotazos, no hablaban una palabra. Allí no se oía el aturdidor chillido de los muchachos europeos: aquellos jóvenes salvajes brincaban como los cabritillos, pero como ellos, permanecían silenciosos. Un zagalón de siete ú ocho años se separaba de vez en cuando de la turba, mamaba, y se volvía á jugar con sus camaradas.

Los niños jamás se destetan por fuerza, pues despues de nutrirse de otros alimentos, agotan el seno de su madre como la copa que se apura al fin de un banquete. A un cuando la nación entera muera de hambre, el niño halla en el seno maternal una fuente de vida. Esta costumbre es quizá una de las causas que impiden á las tribus americanas acrecentarse tanto como las familias europeas.

Los padres han hablado á los hijos y estos han respondido á aquellos: hice que me dieran cuenta del colojio por medio de mi holandés, y hé aquí lo que ha pasado:

Un salvaje de unos treinta años ha llamado á su hijo y le ha intimado saltase con menos violencia: el chico ha respondido: *eso es razonable*, y sin hacer lo que el padre le decía, ha vuelto al juego.

El abuelo del niño le ha llamado á su vez, y le ha dicho: *Haz eso*; y el mozo se ha sometido. Así el hijo ha desobedecido á su padre que le *suplicaba*, y ha obedecido á su abuelo que le *mandaba*. El padre no es casi nada para el hijo.

A este, que no reconoce otra autoridad que la de la edad y la de la madre, jamás se le impone castigo; y tanto es así, que entre los indios se reputa como un crimen espantoso y sin ejemplo el que un hijo sea rebelde á su madre. Cuando esta es vieja, ella alimenta.

En cuanto al padre, mientras es joven, el hijo no hace el menor caso de él; pero cuando va avanzando en el camino de la vida, su hijo le honra, no como padre, sino como anciano, es decir como un hombre de buen consejo y experiencia.

Este modo de criar los hijos en completa independencia, debería conducirlos al vasallaje del mal humor y los caprichos; y sin embargo, los hijos de los salvajes no tienen ni caprichos, ni mal humor, porque no desean sino lo que saben que pueden obtener. Si un hijo llora por alguna cosa que necesita ó desea, su madre le dice vaya á tomarla donde la haya visto, y si no es bastante fuerte para alcanzarla ó se siente debil para conseguirla, olvida el objeto de su apetito. Si el hijo salvaje no obedece á nadie, nadie le obedece á él; este es todo el secreto de su alegría y de su razón.

Los muchachos indios no se querellan nunca, ni riñen tampoco; no son alborotadores, chismosos, ni mohinos; y en su aire se descubren cierta seriedad propia de la tranquilidad del alma, y cierta nobleza hija de la independencia.

Nosotros no podríamos educar así á nuestra juventud, porque sería preciso empezar por desprendernos de nuestros vicios; y en lugar de hacerlo así, hallamos mas fácil enterrarlos en el corazón de nuestras hijas, cuidando solamente de impedir que aparezcan al exterior.

Quando el joven indio siente despertarse en él la inclinación á la caza, la pesca, la guerra ó la política, estudia é imita las artes que ve practicar á su padre, y de este modo aprende á construir una canoa, trenzar una red, manejar un arco, un fusil, el rompe-cabezas, y el hacha; cortar un árbol, edificar una choza, y explicar los *collares*. Lo que es un entretenimiento para el hijo, se convierte en autoridad para el padre; el derecho de la fuerza y de la inteligencia de este, es reconocido, y este derecho le conduce poco á poco al poder de saquem.

Las hijas gozan de la misma libertad que los mancebos; y aun quando permanecen mas tiempo al lado de

sus madres, encargadas de enseñarlas los quehaceres domésticos, hacen poco mas ó menos lo que quieren. Quando una joven india ha obrado mal, su madre se contenta con echarla al rostro algunas gotas de agua y decirle: *Tú me deshonras*. Este reproche rara vez deja de producir efecto.

Hemos permanecido hasta la mitad del día á la puerta de la cabaña: el sol era abrasador. Uno de mis huéspedes se ha adelantado hácia los muchachos y les ha dicho: *Hijos, el sol os comerá la cabeza; id á dormir*, y todos han exclamado: *Es justo*. Y por toda muestra de obediencia han continuado jugando, despues de haberse convencido de que el sol les *comerá la cabeza*.

Pero las mujeres se han levantado, la una mostraba una bebida encerrada en un vaso de madera, la otra un fruto favorito, y una tercera desarrollaba una estera para acostarse: han llamado á la turba obstinada, uniendo á cada nombre una palabra de ternura, y los niños al instante han volado hácia sus madres como una nidada de pájaros. Las mujeres los han acogido risueñas y cargando cada una con su hijo, aunque con bastante trabajo, los niños comían en sus brazos lo que su mano cariñosa acababa de darles.

Adios, no sé si esta carta, escrita en medio de los bosques llegará á tus manos.

Del villorrio de los indios pasé á la catarata del Niagara. La descripción de esta catarata, colocada al fin de la *Atala*, es demasiado conocida para reproducirla, además de que forma tambien parte de una nota en el *Ensayo histórico*; pero hay en esta misma nota algunos detalles tan intimamente unidos á la historia de mi viaje, que creo deber repetirla aquí.

Rota la escalera india que en otro tiempo se hallaba en la catarata del Niagara, quise, aunque á despecho de las observaciones de mi guía, bajar al fondo de la caída por una roca cortada á pico, que se elevaba á cerca de doscientos pies. Aventureme al descenso, y á pesar de los mugidos de la catarata, y del abismo espantoso que rugía á mis pies, conservé mi equilibrio y llegué á situarme á cuarenta pies del fondo. A esta altura, la roca lisa y vertical, no ofrecía ya raíces ni hendiduras donde poder asegurar los pies, y quedé suspendido por un brazo sin poder subir ni bajar; mis dedos cansados ya de sostener el peso de mi cuerpo, se abrían poco á poco y veía una muerte inevitable. Pocos hombres hay que hayan pasado en su vida dos minutos como los que yo pasé entonces suspendido sobre la sima del Niagara. Por último, abrierónse mis manos y caí; pero por una dicha inesperada me precipité sobre la roca viva, donde hubiera debido estrellarme cien veces, y sin embargo no me sentía tan mal como era de presumir, atendido el peligro: me había quedado á media pulgada del abismo, y solo la Providencia pudo hacer no rodase á él; pero cuando el frío del agua comenzó á penetrarme, sentí que no estaba tan bien como había creído al principio, pues me aquejaba un dolor insoportable en el brazo izquierdo, que me había roto por la parte superior del codo. Mi guía, que me miraba desde lo alto, y al cual hice una seña, corrió á buscar algunos salvajes, que á fuerza de trabajo, me volvieron á subir con cuerdas de abedul, y me transportaron á su casa.

No fue este el único riesgo que corrí en el Niagara. Apenas llegué me dirigí, como era natural, á ver la caída de sus aguas: llevaba á mi caballo de la brida y esta arrollada al brazo. Mientras estaba inclinado sobre la sima para contemplarla, una serpiente de cascabel removió los matorrales que nos rodeaban; el caballo espanta lo, retrocedió, y encabitiéndose fué á parar al borde del abismo. Fueme imposible desenredar mi brazo de las riendas, y el caballo, cada vez mas asustado, me arrastró tras sí. Ya sus patas delanteras habían perdido tierra, y encogido á la orilla del precipicio, se sostenía solo por la fuerza de la contracción